

CAPITULO XLI

Lo que sucedió á Mr. Pickwick en la prisión por deudas, qué especie de acreedores vió allí, y cómo pasó la noche.

El hombre que acompañaba á nuestro filósofo, y que se llamaba Tom Roker, volvió á la derecha, bajando la escalera, atravesó una puerta de rejas que estaba abierta, y subiendo algunos escalones, entró en una galería larga y estrecha, baja y sucia, empedrada y alumbrada tan sólo por dos ventanas colocadas en las dos extremidades.

—Esta, — dijo el hombre metiéndose las manos en los bolsillos y mirando con negligencia á Mr. Pickwick por encima del hombro, — esta es la escalera de la sala.

—¡Oh! — replicó Mr. Pickwick bajando los ojos para mirar una escalera sombría y húmeda, que parecía llevar á una bóveda de piedra, colocada bajo el nivel de la escalera. — Allí, según creo, están las cuevas donde los prisioneros tienen su pequeña provisión de carbón de piedra. Son malos sitios cuando se ha de bajar á sentado sobre otro lecho, aplaudía á los ejercitantes con ademán de profundo conocedor y les animaba con gestos de entusiasmo.

Este último personaje era una admirable muestra de esa clase de gentes que no pueden ser contemplados en toda su perfección sino en semejantes sitios; se les encuentra varias veces en estado imperfecto, en las cuerdas y en las tabernas; pero no llegan á su entero desarrollo sino en estos cursos calientes que parecen sabiamente establecidos por el legislador con el propósito de propagarlos.

Era un bribonazo de color aceitunado, de cabellos largos y negros, de patillas negras, espesas y reunidas bajo la barba; el cuello de su camisa estaba abierto y no tenía corbata, porque había estado jugando al tejo todo el día; llevaba en la cabeza un gorro negro, cuya borla caía sobre la espalda; sus piernas, que eran muy largas y delgadas, embellecían un pantalón destinado

á hacer resaltar la simetría de aquellas, aunque como estaba negligentemente puesto y apenas abotonado, caía por una sucesión de pliegues sobre un par de zapatos bastante rotos, que dejaban ver unas medias blancas sumamente sucias. En fin, había en aquel personaje una especie de esmero soez y de infamia impudente, que valían un montón de oro.

Este fué el primero que vió á Mr. Pickwick; guiñó el ojo al danzante, y le mandó con gravedad burlona que no despertase á aquel caballero.

—¡Cómo! — exclamó el danzante volviéndose y afectando gran sorpresa; — ¿ese caballero está despierto? ¿cómo estáis, caballero? ¿cómo está María y Sofía? ¿y la vieja de la casa? ¿queréis tener la bondad de ofrecerles mis cumplimientos en el primer correo que mandéis allá, añadiendo que antes los hubiera mandado, si no temiera que se rompan en la carretera?

—No fastidiéis á ese señor con cumplidos, cuando véis que se muere con ganas de beber alguna cosa, — continuó jovialmente el de las patillas negras; — ¿por qué no le preguntáis qué quiere tomar?

—¡Truenos y rayos! ¡lo había olvidado! — exclamó el otro; — ¿qué queréis tomar, caballero? ¿queréis Oporto ó Jerez? Yo os arreglaré la cerveza; permitidme acomodar vuestro gorro de mecha.

Al decir esto, el orador quitó á Mr. Pickwick su gorro y lo puso en un abrir y cerrar de ojos sobre la cabeza del borracho, que continuaba cantando sus canciones cómicas, de la manera más lúgubre que se puede imaginar, pero en la firme persuasión de que hacía las delicias de una sociedad escogida y numerosa.

Apesar de toda la gracia que tiene el quitarle el cabeza.

—No esperábais encontrar una habitación como esta en el hotel Farringdon, ¿eh? — dijo mister Roker con una sonrisa llena de complacencia.

Sam respondió á esto cerrando uno de sus ojos. Después preguntó á Mr. Roker cuál era el lecho particular que había designado diciendo que se dormía en él perfectamente.

—Aquí está, — dijo Mr. Roker mostrando en un rincón un viejo lecho de hierro oxidado. — Esto hará dormir á cualquiera, aún sin quererlo.

—Me lo parece, — dijo Sam, mirando el mueble con excesiva repugnancia. — Y supongo, — dijo, volviéndose á su amo para ver si su rostro indicaba algún arrepentimiento de la determinación que había tomado, — supongo que los otros caballeros que duermen aquí son verdaderos caballeros.

—Ni más ni menos. Hay uno que se bebe sus dos pintas de cerveza al día, y no deja de fumar ni aún en la comida.

—Debe ser un gran hombre, — dijo Sam.

—El número 1, — replicó Roker.

Mr. Roker dijo á Mr. Pickwick que podía retirarse á dormir á la hora que más le conviniera sin otra formalidad, — y lo dejó en la galería con Sam.

Comenzaba á obscurecer, es decir, en aquel sitio donde nunca había claridad acababan de encender algunos mecheros de gas, á modo de cumplimiento á la noche, que avanzaba por fuera.

Como hacía bastante calor, algunos habitantes de las numerosas habitaciones que se abrían á derecha é izquierda habían abierto sus puertas. Mr. Pickwick miraba al interior con mucho interés y curiosidad. Aquí cuatro ó cinco gandules, que apenas se distinguían al través de una nube de tabaco, gritaban y disputaban en medio de los vasos medio llenos de cerveza, ó jugaban con naipes excesivamente grasientos. Allí, un pobre viejo, solitario, encorvado sobre papeles amarillos y desgarrados, escribía á la débil luz de una lámpara la relación de sus desdichas, con la esperanza de hacerlas llegar á un gran personaje que no había de fijar los ojos en aquel papel.

En una tercera habitación se podía ver á un hombre ocupado con su mujer en arreglar sobre el suelo un mal colchón para acostar al más joven de sus muchos hijos. Por último, en los demás cuartos, el ruido y la cerveza, las cartas y el humo del tabaco, iban cada vez más en aumento.

En la misma galería, y principalmente en las escaleras, paseaban unos cuantos hombres y andaban de aquí para allí; los unos, porque sus habitaciones estaban vacías y solitarias; los otros, porque estaban atestadas; la mayor parte, porque estaban inquietos, incómodos, y no sabían que hacer de ellos mismos.

Había allí gente de todas clases, desde el obrero, con su blusa basta, hasta el elegante pródigo, con su bata de cachemira. Pero todos se asemejaban en un pronto; tenían todos cierto aire negligente, inquieto, extraviado; una fisonomía imprudente y fanfarrona, que es imposible describir con palabras, pero que cada cual puede conocer cuando quiera, porque basta para esto poner el pie en la prisión por deudas más cercana, y contemplar el primer grupo de prisioneros que se presente, con el mismo interés que revelaba el rostro inteligente de mister Pickwick.

—Lo que me llama la atención, Sam, — dijo el filósofo, apoyándose en la baranda de la escalera, — es que

el aprisionamiento por deudas es apenas un castigo.

—¿Vos lo creéis, señor?

—Ya ves cómo beben, fuman y rebuznan esos bribones. No creo que la prisión les afecte mucho.

Mr. Pickwick bajó lentamente las escaleras. Después de haber dado algunas vueltas en el patio pintado, que estaba desierto á causa de la obscuridad, dijo á Sam que se retirara por la noche y buscara una cama en cualquier posada vecina, á fin de que viniera al día siguiente y trajera todos sus efectos de la fonda de *El Buitre*. Sam se preparó á obedecer, pero con notorio decontento. Llegó hasta expresar la conveniencia de acostarse en uno de los patios de la prisión por aquella noche; pero viendo que Mr. Pickwick se mostraba sordo á aquellas sugerencias, se retiró definitivamente.

Mr. Pickwick estaba muy poco cómodo y bastante melancólico. En efecto, aunque la prisión estaba llena de gente, y una botella de vino le hubiera proporcionado una sociedad escogida sin el embarazo de presentaciones formales, se hallaba absolutamente solo entre aquella multitud soez. No podía pues resistir el abatimiento inspirado por la perspectiva de una prisión perpétua; pero ni siquiera quiso pensar en librarse satisfaciendo la infamia y la rapacidad de Dodson y Fogg.

En esta disposición de espíritu, entró en la galería del café y se paseó lentamente. El lugar era extremadamente sucio y muy sofocante el olor del tabaco; se oía un perpétuo ruido de puertas cerradas y abiertas, y el rumor de los pasos y las voces resonaba allí continuamente. Una joven, que tenía entre sus brazos á un niño, marchaba á lo largo del corredor, hablando con su marido, que no tenía otro asilo donde recibirla.

Cuando esta mujer pasaba junto á Mr. Pickwick, este la oía sollozar amargamente, y una vez se dejó llevar á tan grande arrebató de dolor, que se vió obligada á apoyarse contra el muro para sostenerse, mientras el marido tomaba el niño en sus brazos y se esforzaba en consolarla.

El corazón de nuestro excelente amigo estaba demasiado oprimido para poder soportar semejante espectáculo; subió las escaleras y entró en la habitación.

Aunque la sala de guardas fuera extremadamente incómoda, siendo por el decorado y la comodidad muy inferior á la más mala enfermería de una prisión de provincia, tenía en aquel momento el mérito de estar enteramente desierta: Mr. Pickwick se sentó al pie de un pequeño lecho de hierro y empezó á calcular cuanto dinero se podría sacar de aquella repugnante habitación; habiendo convenido, mediante una sencilla operación

aritmética, en que producía tanta renta como una pequeña calle de un barrio de Londres, se preguntó con admiración qué tentación podría tener una mosca ne-gruzca que se había posado en su pantalón, para venir á aquel sitio infecto, pudiendo ir á otros más agradables. Estas reflexiones le llevaron por una serie de deducciones á pensar que el insecto estaba loco; después de haber decidido esto, empezó á notar que se adormecía, sacó de su bolsillo el gorro de dormir, y desnudándose poco á poco, se metió en su lecho y durmió profundamente.

— ¡Bravo, hurrah! bien cantado; ¡la ópera es vuestro elemento! Vamos, ¡hurrah!

Estas exclamaciones, muchas veces repetidas en tono ruidoso y acompañadas de grandes carcajadas, arrancaron á Mr. Pickwick á uno de esos sueños letárgicos, que no durando sino media hora, le parece al durmiente que se prolongan tres semanas ó un mes.

Apenas había cesado el ruido de las voces, cuando el piso de la habitación se estremeció con tanta violencia, que resonaron los vidrios y tembló el techo.

Mr. Pickwick despertó sobresaltado, se incorporó y permaneció absorto algunos minutos ante la escena que pasaba ante sus ojos.

En medio del cuarto, un hombre vestido de verde, con pantalón de terciopelo y medias de algodón gris, ejecutaba el paso más popular de una contradanza, con una exageración burlesca de gracia y ligereza, que unida á la extravagancia de su traje, producía el efecto más absurdo del mundo.

Otro individuo, evidentemente borracho, y que sin duda había sido llevado al lecho por sus compañeros, estaba sentado, envuelto en sus sábanas, y tarareaba de una manera prodigiosamente lúgubre todos los pasajes que podía recordar de una canción cómica. Un tercero, ellos, pero una vez dentro, apuesto á que son cómodos.

— Ya lo creo que son cómodos, porque muchos se arreglan y viven en ellos muy ricamente.

— Amigo, — continuó Mr. Pickwick, — ¿queréis decir qué seres humanos viven en esos miserables calabozos?

— ¿Que si digo? — exclamó Mr. Roker, con asombro lleno de indignación; — ¿y por qué no?

— ¿Que viven, que viven ahí?

— Que viven, sí, y que mueren también muchas veces; ¿y por qué no? ¿Qué hay que decir de esos calabozos? Viven, sí; ¿y no es un buen sitio para vivir?

Como Mr. Roker, al decir esto, se volvió hacia mister Pickwick con cierta expresión feroz, y murmuró ade-

más en tono acre algunas expresiones mal sonantes, nuestro filósofo creyó conveniente no proseguir aquella conversación. Mr. Roker empezó entonces á mostrar otra escalera más sucia que la anterior, y fué seguido á esta ascensión por Mr. Pickwick y por Sam.

Quando llegaron á otra galería de las mismas dimensiones que la de abajo, Mr. Roker se detuvo para respirar, y dijo á Mr. Pickwick:

— Este es el piso del café; el de encima es el tercero, y el de más arriba, el granero. La habitación donde vais á dormir esta noche se llama la sala del guarda, y este es el camino; venid.

Mr. Roker mostró otra escalera; Mr. Pickwick y Sam le seguían siempre.

Aquella escalera recibía la luz por muchas ventanillas colocadas á poca distancia del techo, que daban á un patio lleno de arena y rodeado de ladrillos. Aquel patio, según dijo mister Roker, era el juego del disco. Además, había otro patio más pequeño, llamado el patio pintado, porque sus paredes habían sido en otro tiempo decoradas con ciertas representaciones de buques de guerra, bogando á toda vela, ejecutados sin duda en las horas de recreo por algún dibujante aprisionado.

El guía entró en otra galería, penetró en un pequeño corredor que se encontraba al extremo, abrió una puerta y descubrió á los ojos de los recién venidos una habitación de un aspecto muy poco agradable, que contenía ocho ó nueve lechos de hierro.

— Aquí tenéis una habitación, — dijo Mr. Roker mirando á Mr. Pickwick con aire de triunfo.

La fisonomía de Mr. Pickwick expresaba tan poca satisfacción por la apariencia de su alojamiento, que Mr. Roker miró á Sam Weller, esperando encontrar más simpatía en su rostro.

— ¡He aquí una habitación, joven! — exclamó.

— Sí, ya la veo, — respondió Sam con un signo de gorro de dormir á un hombre y ponerlo en la cabeza de un desconocido, aquella broma fué un poco atrevida. Considerando el hecho bajo este punto de vista, mister Pickwick, sin haber hecho previamente advertencias de ninguna clase, se lanzó rápidamente fuera de su lecho, dió al danzante en el estómago un puñetazo bastante fuerte para privarlo de la respiración, y tomando su gorro, se puso en actitud defensiva.

— Ahora, — exclamó sofocado por la excitación y por la energía, — ahora, avanzad los dos, los dos juntos.

Y al hacer esta liberal invitación, el digno caballero imprimía á sus puños cerrados un movimiento de rotación, á fin de espantar á sus enemigos con aquella de-

mostración científica.

Ya fuese por la manera complicada con que mister Pickwick había salido de su lecho para caer de golpe sobre el danzante, ya sea por la inesperada prueba de valor que dió, lo cierto es que sus antagonistas se conmovieron; porque en lugar de procurar cometer un asesinato, como el filósofo esperaba firmemente, se detuvieron, se miraron unos á otros durante algún tiempo y rompieron á reír simultáneamente.

—Vamos, sois un valiente, — exclamó el danzante; — meteos en vuestro lecho ó cogereis un constipado; ¡basta de discordias! — continuó alargando á Mr. Pickwick una mano capaz de llenar esos guantes de estaño rojo que se balancean encima de las puertitas de los guanteros.

—Sí, basta, — respondió Mr. Pickwick, porque pasada la excitación empezó á sentir frío en las piernas.

—Permitidme tener el mismo honor, — dijo el caballero de las patillas negras, alargando su mano derecha.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick, y se metió en el lecho después de haberles dado un apretón de manos muy solemne.

—Yo me llamo Smangle, — dijo el de las patillas.

—¡Oh! — dijo Mr. Pickwick.

—Y yo Mivins, — dijo el de las medias grises.

—¡Tengo mucho gusto en saberlo! — respondió mister Pickwick.

Mr. Smangle tosió.

—¿Me hablabais, caballero? — preguntó Mr. Pickwick.

—No señor, — replicó Mr. Smangle.

—Me pareció, — dijo Mr. Pickwick.

Todo esto fué muy culto y muy agradable, y para aumentar la buena armonía, Mr. Smangle aseguró muchas veces á Mr. Pickwick que le inspiraban mucho respeto los sentimientos de un caballero.

—¿Váis á declararos insolvente? — preguntó mister Smangle.

—¿Declararme qué?

—Insolvente.

—¡Oh! no.

—¿Váis á salir quizás? — dijo Mr. Mivins.

—Me temo que no; me niego á pagar una indemnización, y me han metido aquí.

—¡Ah! — dijo Mr. Smangle; — el papel ha sido mi ruina.

—¿Sois papelerero? — dijo Mr. Pickwick inocentemente.

—¡No, no, diablo! nunca he caído tan bajo; ¡nada de tienda! Cuando digo papel, quiero decir letra de cambio.

—¡Ah! ¡empleáis la palabra en ese sentido!

—¡Demonio! un caballero debe entenderlo así; ¿pero qué? ¿estoy en la prisión de Fleet? Bueno; ¿soy más pobre por eso?

—Al contrario, — replicó Mr. Mivins.

Y en efecto, en vez de ser más pobre en la cárcel, Mr. Mivins era más rico, porque lo que le había llevado á la cárcel era que con un papel había adquirido la posesión de ciertos artículos de bisutería, que desde entonces habían sido colocados por él en casa de un prestamista sobre alhajas.

—¡Vamos, vamos! — exclamó Mr. Smangle, — todo eso es muy seco; es preciso refrescarnos la boca con un poco de Jerez caliente; el último que ha llegado, pagará. Mivins irá á buscarlo y yo ayudaré á beberlo; esto es lo que yo llamo una imparcial división del trabajo.

No queriendo suscitar otra querrela, Mr. Pickwick consintió; dió dinero á Mr. Mivins, que no perdió un instante en ir al café, porque eran cerca de las once.

—Decid, — preguntó en voz baja Mr. Smangle en cuanto su amigo salió de la habitación, — ¿cuánto le habéis dado?

—Medio soberano.

—Es un caballero muy amable... No conozco á nadie que no lo sea.

Mr. Smangle movió la cabeza en ademán de duda.

—¿No os parece probable que aplique aquel dinero á sus necesidades personales? — preguntó Mr. Pickwick.

—¡Oh! no, no quiero decir eso; he dicho que era un caballero muy amable; pero no sería malo que uno de nosotros bajara á ver si se bebe el vino ó si se le pierde el dinero por el camino. ¡Eh! id abajo y ved lo que hace el caballero que ha ido por vino.

Esta orden iba dirigida á un hombre pequeño, de ademán tímido y modesto, cuyo exterior indicaba una gran pobreza, y que durante todo aquel tiempo había permanecido en su lecho, petrificado aparentemente por la novedad de la situación.

—¿Sabéis dónde está el café? Bajad y decid á ese caballero que vais tan sólo á ayudarle á subir el vino, ¿ois?... ó si no, esperad. Ya veréis cómo le atraparemos.

—¿Cómo? — preguntó Mr. Pickwick.

—Mandadle á decir que emplee lo demás en cigarros; ¡famosa idea! Corred á decírselo; ¡buena idea! no se perderán, — continuó Mr. Smangle volviéndose hacia Mr. Pickwick; — yo los fumaré si es preciso.

Esta treta era tan ingeniosa y fué hecha con tan admirable aplomo, que Mr. Pickwick no hubiera podido oponerse á ella, aunque hubiera querido.

Poco después volvió Mr. Mivins con el Jerez, que Mr. Smangle distribuyó en pequeñas tazas; brindó por la sociedad, y apuró una de un sorbo.

Habiéndose establecido una gran armonía, Mr. Smangle empezó á contar varias anécdotas románticas de su vida privada, relativas, entre otras cosas, á un caballo de pura sangre y á una judía muy bella y singularmente deseada por la nobleza de los tres reinos.

Mucho antes de la conclusión de los elegantes extractos de la biografía del caballero, mister Mivins se metió en la cama y empezó á roncar, dejando á Mr. Pickwick y al tímido que aprovecharan solos la experiencia de Mr. Smangle.

Sin embargo, aquellos dos individuos no estuvieron mucho tiempo atentos á los tiernos relatos del otro; Mr. Pickwick se encontraba en un estado de somnolencia, cuando tuvo una clara percepción de que el borracho había empezado á salmodiar sus cantos cómicos, y que Mr. Smangle le hacía notar que el auditorio no estaba dispuesto musicalmente.

Nuestro héroe cayó en un profundo sueño, con la idea confusa de que Mr. Smangle estaba aun ocupado en contar una larga historia, cuyo punto principal parecía ser que en cierta ocasión se había ocupado en hacer una letra de cambio.

CAPITULO XLII

Donde se demuestra, como en el precedente, la verdad de aquel viejo proverbio «que la adversidad os obliga á conocer extraños camaradas de alcoba», y contiene además la increíble declaración que Mr. Pickwick hizo á Sam.

Cuando Mr. Pickwick abrió los ojos al día siguiente, el primer objeto que vio fué á Sam Weller, sentado so-

bre un pequeño saco negro, y contemplando con profunda abstracción la majestuosa figura del resplandeciente mister Smangle, mientras este, medio sentado y vestido en su lecho, se ocupaba en la empresa desesperada de hacer bajar los ojos al susodicho Sam. Decimos desesperada, porque Sam continuaba examinando á mister Smangle con viva satisfacción, y sin inquietarse de los sentimientos de aquel sujeto más que si mirara una estatua ó el cuerpo embalsamado de una efigie de Guy-Faux.

—¿Me reconocéis? — dijo Mr. Smangle frunciendo las cejas.

—Juraría que sí, — respondió Sam con buen humor.

—No digáis impertinencias á un caballero.

—No; si queréis avisarme cuando despierte, le haré algunos cumplimientos superfluos.

Esta observación, que parecía tener una tendencia indirecta á decir que Mr. Smangle no era caballero, excitó un poco su cólera.

—Mivins, — dijo en tono irritado.

—¿Qué hay? — respondió este desde su cama.

—¿Quién diablos es ese?

—En verdad, — dijo Mr. Mivins, — yo debiera preguntároslo. ¿Qué viene á hacer aquí?

—Nada, — replicó Mr. Smangle.

—Entonces, echadlo por la escalera abajo, y mandadle que no se levante hasta que yo vaya á buscarle.

Y al dar esta orden, el excelente caballero se volvió á dormir.

Como la conversación mostraba síntomas inequívocos de hacerse personal, Mr. Pickwick creyó conveniente intervenir.

—Sam, — dijo.

—Señor.

—¿No hay nada de nuevo desde ayer?

—Nada importante, señor, — respondió Sam contemplando las patillas de Mr. Smangle. — La humedad y el calor parecen favorables al desarrollo de ciertas malas hierbas.

—Voy á levantarme, — interrumpió Mr. Pickwick.

—Dadme la ropa blanca.

Por hostiles que fueran al principio las intenciones de Mr. Smangle, se suavizaron inmediatamente con ver el saco, cuyo contenido pareció darle de repente una favorable opinión, no sólo de Mr. Pickwick, sino también de Sam. Por consiguiente, aprovechó una ocasión de declarar en tono elevado, para que aquel escéntrico personaje pudiera oírle, que lo reconocía como un original de pura sangre, y por lo tanto, como un hombre de